

# Historia de Bretonia

*Fuente: GW, descargado desde IGARol*

## De las batallas de Gilles el Unificador y los Compañeros

Fiel súbdito del Rey, has de saber que en la pasada era anterior a la aparición de la Dama, la bestia de piel verde sembró el caos y la destrucción por toda Bretonia. En aquellos tiempos llenos de pesar y dolor, muchas de las ilustres tribus de esta santa y hermosa tierra fueron despedazadas y descuartizadas cual mero ganado. Un cúmulo incesante de ejércitos pieles verdes arrasaron y asolaron con la furia de las tormentas el verde corazón de esta tierra. No gozó el Norte de mejor suerte, pues los bárbaros acosaron de nuevo por ríos y costas para incendiar, rapiñar y saquear. Las malditas bestias deformes de los oscuros bosques surgieron de sus sombrías arboledas y las enormes piras de cadáveres bretonianos velaron la luz del día con sus columnas de negra humareda. La muerte cabalgó sin trabas por las antaño hermosas tierras y aquellos ansiosos de llevar a cabo viles maldades hicieronlo libremente y presos de una terrible cólera.

Todo parecía estar ya perdido para los bretonianos y hasta la misma tierra lloraba y gemía presa de inmenso dolor al ver cómo toda la vida era destruída. La seguridad que ofrecían castillos y fortalezas fue muy buscada por todos y los expertos en el manejo de la espada de nuestra bella nación quedaron paralizados de horror mientras sus tierras eran consumidas.

Pero he aquí que en la hermosa Bastonne un joven hidalgo llamado Gilles se negó a ceder su tierra a la oscuridad. Cabalgó contra el enemigo a lomos de un poderoso corcel seguido por los leales a su espada y a la tierra. Muchos de sus grandes caballeros cayeron y regresaron a la tierra, pero la fuerza de la punta de la lanza de Gilles liberó a Bastonne del cáncer que la devoraba.

Tres días después de que hubiere recibido unas visiones acerca de la multitud de enemigos que se hallaban preparados para destruir las tierras de sus camaradas, Gilles decidió salir al ataque con los caballeros supervivientes, puesto que, de confluir las inmensas huestes guerreras de las bestias de piel verde en una gran marea, las tierras de los bretonianos se precipitarían sin duda a la perdición.

La fortuna sonrió a Gilles en aquel día, pues a su lado cabalgó su viejo amigo y hermano de sangre Thierulf de Lyonesse y el famoso Landuin, Señor de Mousillon y el mejor caballero que viera nunca el mundo. Los acompañó el cielo del ocaso en su reflexión a la sombra del Bosque de Châlons, donde prepararon sus mentes para sacrificar la vida en la inmediata batalla. Y he aquí que al alba visitalos una visión fantasmal, una dama de incomparable belleza y poder mágico que alzose brillante como un espejo del lago junto al que habían acampado. Los caballeros sabían del cierto que aquella sublime aparición no podía tratarse de mortal criatura alguna, pues ni siquiera la más leve de las ondas agitó las aguas. La dama ofreció su don y su bendición sobre Gilles, encantando su estandarte con su imagen. Los cuerpos de los Compañeros viéronse infundidos de una luz y una fortaleza sobrenaturales, brilláronles los ojos con una llama interior resplandeciente y sus armas y armaduras relucieron con renovado poder. Y así fue como Gilles, Landuin y Thierulf trascendieron las ataduras mortales y alcanzaron la santidad para convertirse en los primeros caballeros del Grial, los afamados Compañeros del Grial.

## De las batallas de Gilles el Unificador y los Compañeros (Parte II)

Al amanecer, encontrábase el enemigo sobre el campo dispuesto como un mar rugiente y en un número tal que toda esperanza parecía ser vana. Sin embargo, Gilles y sus Compañeros se lanzaron prestos al combate como vengativos dioses de la guerra y penetraron la marea partiéndola en dos. Obtuvieron una victoria tras otra y cientos de enemigos cayeron presa de su terrible ira. Los verdes

campos se tiñeron de carmesí y negro, y los pieles verdes, habiéndose quedado atrapados entre la espada y el mar, huyeron aullando hacia la marea para caer bajo las frías garras de Manann. Muy pocos lograron escapar de la furia de los caballeros bendecidos y las tierras fueron salvadas. Gilles desplegó el estandarte de la Dama sobre una gran pila de enemigos muertos y la gente se llenó de júbilo.

Aquella proeza supuso la victoria en la primera de las famosas Doce Grandes Batallas, y con ella se ganó la alianza del Señor Marcus de Bordeleaux y del Señor Fredemund de Aquitaine. Aquel día, la verdadera recompensa fueron los primeros lazos de unión entre hermanos que acabarían por unificar a los bretonianos.

La victoria de Gilles fue como un rayo de esperanza en medio de aquella noche sombría y funesta y sus Compañeros fueron motivo de inspiración tanto para soldados como para senescales. Landuin preguntó a dónde deberían dirigirse entonces y Gilles respondió que hacia el Sur. Los caballeros emprendieron el camino de la costa y los mares fueron calmando a su paso en su camino hacia la asediada Brionne. Al fin, llegaron a la retaguardia de una enorme horda de guerra de pieles verdes, cuyos caudillos montaban a lomos de serpientes aladas de largos cuellos. Viéndolos, Fredemund sopló su cuerno e invocó una inmensa bandada de halcones que sembró el terror en los negros corazones del enemigo y arrancó las alas de las bestias orcas, obligándolas así a tomar tierra. Los caballeros penetraron hasta el centro de la horda piel verde, donde Landuin abatió al gigantesco señor de la guerra orco y Fredemund eliminó a su monstruosa montura. Así fue como se obtuvo la victoria de la Segunda Gran Batalla.

Y así, a partir de aquel día, los cinco Compañeros siguieron adelante cabalgando presurosos derechos hacia el asediado castillo de Brionne. Siendo llegados, y con el enemigo reunido alrededor del gran foso, el Señor Balduin de Brionne salió por el puente levadizo de roble con sus últimos caballeros. El propio Balduin asió la brutal hacha aquel día, representada en su escudo y esmaltada allí para siempre jamás. A pesar de haber quince enemigos por cada uno de ellos, los bretonianos atravesaron a los pieles verdes como una guadaña atraviesa los tallos de trigo durante la cosecha, y Gilles y Balduin se encontraron y se saludaron en medio de la batalla. Estrecharon los antebrazos como hermanos y Balduin se unió a los Compañeros. Y así fue como se obtuvo la victoria en la Tercera Gran Batalla.

Más tarde, y alentados siempre a seguir adelante por las bendiciones y visiones nocturnas de la Dama del Lago, los Compañeros se aventuraron a cruzar el caudaloso río Brienne y espolearon sus caballos de guerra unas cien leguas a través de las desoladas tierras bajas de Carcassonne hacia la tierra de Quenelles. El severo Señor Lambard de Carcassonne contempló el estandarte de la Dama y se unió a ellos y, tras cabalgar día y noche, los Compañeros entrechocaron sus espadas contra los pieles verdes montados en monstruosos lobos que mordían feroces a sus monturas. No obstante, los Compañeros mantuvieron firmes y tras varias agotadoras noches llegaron a las puertas de la magnífica Quenelles. Sin embargo, todo júbilo les fue negado, pues grande fue su aflicción al contemplar el lindero del bello Loren siendo pasto de las llamas.

A pesar de que todos estaban muy cansados y faltos de socorro, el poder divino de la Dama fluía por sus venas y los Compañeros acometieron de inmediato contra los pieles verdes que estaban talando e incendiando los legendarios bosques. Una noche de sangre y fuego se cernió sobre ellos y los Compañeros combatieron sin cesar con una destreza sin parangón e increíble majestuosidad. La oscuridad quedó iluminada por las refulgentes espadas y los relucientes ojos y la furia de la diosa fue tal que sus paladines no pudieron ser abatidos. Las ramas unieron a las espadas cuando los milenarios bosques acudieron en ayuda de los Compañeros, estrangulando y cegando para azotar la carne y romper los huesos. Aquellos espíritus del bosque encantado aparecían y desaparecían de la vista entre las ramas para arremeter contra todo el que se atreviera a dañar su reino. Y así fue como

Gilles se ganó la amistad de las hadas y obtuvo la victoria en la Cuarta Gran Batalla.

Los Compañeros, habiéndoles la Dama concedido un sueño reparador, recibieron el nuevo sol recuperados y con las heridas de sus cuerpos sanadas. Infundidos con el vigor del amanecer primaveral, los Compañeros cabalgaron hacia el Norte para poner su espada al servicio de la asediada Parravon, con Rademund el Puro, Señor de Quenelles ahora entre ellos.

### **De las batallas de Gilles el Unificador y los Compañeros (Parte III)**

Y así fue como los ocho Compañeros llegaron a la antaño hermosa Parravon, esculpida en la recia ladera de la montaña por el río Grismerie, donde tras siete noches de largo viaje vieron que de esta quedaban las solas ruinas. Unos malignos gigantes arrojaban enormes rocas contra la ciudad desde lo alto de las montañas y, a lomos de su fiel pegaso Glorfinial, el Señor Agilgar de Parravon circundaba los aires por encima de la ciudad para poder luchar en el elevado despeñadero y así lograr arremeter contra el enemigo.

El Goblin de la Mano Cortada profanaba las calles y a los ciudadanos, prendiendo fuego y esclavizando a bellas damiselas. Lanzáronse entonces los Compañeros a la carga por las calles adoquinadas, limpiando callejones y patios, arrollando a los innumerables enemigos bajo las pezuñas con herraduras de hierro y lanzando cuerpos deformes y pesados a las llamas. Así se obtuvo la victoria en la Quinta Gran Batalla.

Y en aquel día Agilgar prestó con gusto su lanza a Gilles y la creciente camarilla de Compañeros siguió galopando hasta que, habiéndose puesto el sol, llegaron a la tierra de Montfort. Allí vieron al imponente Señor Martrud y a su familia dándole todo para acabar con una docena de tribus de feroces Goblins Nocturnos, que habían surgido de las montañas como una marea negra imparable. El Paso del Mordisco del Hacha, aquel oscuro valle sobre el que se eleva el castillo de Montfort, encontrábase recubierto de un banquete para aves carroñeras formado por mil cadáveres.

Abalanzáronse los Compañeros contra la marea de diablos vestidos de negro y causaron grandes estragos hasta que... ¡Oh, desgracia y pesar! ¡Qué grande amargura!

Gilles fue atravesado por un potente proyectil que una máquina infernal de los cobardes Goblins lanzó contra su pecho. Con lágrimas en los ojos, los Compañeros portaron a su señor azotado por graves fiebres hacia el castillo. Fue una noche de sombrío dolor y desesperación en la cual los Compañeros yacieron intranquilos como fantasmas alrededor del lecho de muerte de Gilles mientras las sanguijuelas y los cirujanos confesaron con gran pesar que aquella oscura noche era la última.

Fuera innecesario describir aquí el gran pesar que embargó los corazones de todos los Compañeros. No obstante, la Dama estaba con Gilles y, despuntada el alba, el héroe caído asió el asta del proyectil y con un gran rugido se lo arrancó del pecho, de cuya herida salió despedido un rayo de luz. Con el semblante imperturbable y lleno de cólera, Gilles adoptó la apariencia de un divino guerrero celestial cuando lanzose contra sus enemigos y abatió tres serpientes aladas que cargaron contra él procedentes de los oscuros cielos, una de ellas abatida por el mismo proyectil que lo había derribado a él.

Toda una semana tuvo que resistir Montfort asediado antes de que los Compañeros lograran vencer aquella marea. Los Goblins Nocturnos huyeron de vuelta a sus malignas cavernas y abismos para relamerse las heridas como perros miserables. Y así fue como se obtuvo la victoria de la Sexta Gran Batalla.

Mas debe saberse que Gilles no permitió al enemigo escapar, sino que condujo a sus Compañeros a perseguir a los enemigos que se retiraban y se lanzó contra la noche eterna de sus cuevas. Siguieron adentrándose cada vez más en las profundidades de un laberinto bajo la única luz del brillo de sus espadas y el refulgir de sus miradas. Acabaron con todos los trolls y las criaturas oscuras de los abismos que trataron de impedirles el paso, penetrando hasta el profundo corazón de la montaña donde nunca antes había pisado ningún hombre. Y no conocieron el miedo. En el interior de aquellos húmedos y fétidos salones, los reyes goblins fueron destruidos en sus tronos y atravesados por las lanzas como cerdos. Y así fue como se obtuvo la victoria de la Séptima Gran Batalla y Gilles se abrió paso hacia la luz empapado con la negra sangre del enemigo.

Siendo ya diez los señores bretonianos tras haberse unido a ellos Martrud de Montfort, cabalgaron entonces hacia el Norte y hacia el Oeste derechos a Gisoreux. Allí se les unió Beren, amo de aquella tierra aquejada de problemas. Una vez más lograron superar a los malignos y babeantes pieles verdes en aquella Gran Batalla, aunque esta vez las malvadas bestias invocaron la ayuda de sus depravados dioses. Aquellos espíritus gemelos y salvajes aplastar intentaron a los Compañeros, pero los cielos retumbaron llenos de frustración, pues, como de todos es sabido, la magia oscura no puede hacer ningún mal a aquellos bajo la protección de la Dama. La refriega dio comienzo y fue cruel y feroz. El Señor Balduin encabezó a los Compañeros dominado por una furia parecida a la de los barserqueres del norte, cortando las cabezas de una docena de chamanes con un solo pase de su hacha.

Aquel día, los muertos alcanzaron las decenas de miles, mas no fue derramada ni una gota de sangre de los Compañeros. Las bestias de piel verde huyeron en desbandada habiendo fallado sus conjuras y toda su esperanza extinguida como una vela al viento. Así fue como se obtuvo la victoria de la Octava Gran Batalla.

Al amanecer, los Compañeros se dirigieron raudos hacia el Oeste.

#### **De las batallas de Gilles el Unificador y los Compañeros (Parte IV)**

Allí adentróronse en las tierras de Mousillon, el orgullo del reino de Landuin. Por desgracia, toda esperanza resultó ser vana para el desdichado Landuin, ya que en su ausencia su tierra habíase transformado en un montón de ruinas humeantes. El ganado yacía descuartizado en los páramos ennegrecidos y el antaño puro río estaba oscuro y repleto de desechos. Un hedor bilioso emanaba de las zonas pantanosas en las que en tiempos remotos alzáronse virginales claros. Los Compañeros cabalgaron en silencio a través de las puertas de Mousillon para unirse a los restos de la familia de Landuin y Folgar, el vecino Señor de Artois.

Folgar trajo nefastas noticias acerca de una gran hueste que marchaba con la luz de la luna llena. Acechados por todos flancos por bestias y muertos vivientes, los Compañeros lucharon como maestros del castillo y cada uno contra una muralla para rechazar en solitario al enemigo. Gilles partió la cabeza de una inmensa bestia draconiana. Thierulf se enfrentó a un monstruoso gigante de dos cabezas y Agilgar, a lomos de su pegaso, lanzose al combate con unos diablos alados entre las nubes atravesadas por los relámpagos. Los Compañeros lograron el triunfo cuando Landuin derribó a la repugnante criatura de la noche que había interrumpido la paz de los muertos y los hijos de las bestias huyeron aullando hacia la oscuridad del bosque. Así fue como se obtuvo la victoria de la Novena Gran Batalla.

Tras aquella victoria, los Compañeros espolearon sus caballos de guerra hacia el Norte. Tras muchas noches a la sombra del Bosque de Arden llegaron a la ciudad fortaleza de la costa de L'Anguille, que fue construida por los Elfos, y allí esperaron encontrar descanso. Mas todo fue en vano, ya que el gran puerto fue víctima del ataque de los primitivos hombres del Norte revestidos en

pieles y acero, y los Compañeros se enfrentaron a ellos en una gran y terrible batalla en la que se unieron al amo de la ciudad, el Señor Corduin. La batalla prosiguió durante muchas noches y muchos días y las lunas fueron pasando y se despedazaron a muchísimos salvajes y bárbaros o fueron arrojados contra las enfurecidas olas. Mas aquel feroz enemigo seguía luchando a pesar de todo. Orgullosos e imperturbables, los hombres del Norte no cedían, pues ansiaban obtener la gloria o la muerte bajo la mirada de sus sangrientos dioses. Preso de desesperación, el Señor Marcus de Bordeleaux lanzó un desafío al maligno caudillo de los Norses, el imponente gigante Svengar de los Skaelings: "¡Vence o regresa a tu tierra!".

Cegado por el orgullo, Svengar no se echó atrás. Muchos valientes guerreros habían encontrado la muerte a manos de aquel bárbaro y, sin embargo de esto, el miedo no congeló el corazón de Marcus, pues sabía que la Dama estaba de su lado. Fue entonces cuando los dos guerreros se enfrentaron en la cima del alto faro de L'Anguille, de edad milenaria y de mágica construcción, con toda Bretonia extendida a sus pies. Las nubes se enroscaron en torno a ellos y las tormentas rugieron a su alrededor al enfrentarse los dos adversarios, y los mismos elementos conspiraron para ayudar a los martillos gemelos de Svengar.

La noche dejó paso al día, pero los guerreros seguían luchando, creando un concierto de acero que alcanzaba los oídos de todos los que estaban abajo. Al final, Marcus atravesó la guardia de su enemigo y le propinó un golpe de tamaña potencia que su enemigo cayó partido en dos contra las rocas. Respetando la destreza marcial de los señores bretonianos, los Norses partieron de vuelta a sus heladas tierras. Y así fue como se obtuvo la victoria de la Décima Gran Batalla.

Los Compañeros descansaron bien aquella noche. Al alba encamináronse al sol naciente hasta la provincia de Couronne, donde uniéronse el Señor Carleond. Allí hubieron de hacer frente a la masa de los ejércitos orcos que se dirigían hacia L'Anguille. A las orillas del caudaloso río Sannez se produjo una batalla y el agua fluyó negra aquel día con la repugnante sangre derramada. Los Orcos tuvieron que apartar la vista de la gran aureola luminosa que rodeaba a los Compañeros y fueron abatidos contra el lodo al volverse para huir. Nunca se habían eliminado tal cantidad de pieles verdes en un solo día y desde aquel entonces no se ha vuelto a repetir tal hazaña. Se derramó tanta cantidad de sangre sobre la tierra seca que todavía hoy parece un lodazal. Y así fue como se obtuvo la victoria de la Undécima Gran Batalla.

Prestad ahora mucha atención a la Duodécima Gran Batalla de Gilles, que se libró sobre los extensos y verdes campos de la llanura de Couronne. En la orilla suroeste del río acechaba el oscuro y embrujado bosque de Arden. Desde su misterioso interior surgieron a la carga todo tipo de monstruos y bestias descomunales. Gigantes, trolls y criaturas sin nombre seguían los pasos de una masa de Hombres Bestia de una tal grandeza que desde su posición ventajosa a los Compañeros les pareció un inmenso enjambre de insectos que cruzara el Vado de Sannez. Una tribu tras otra de pieles verdes descendió de las Hermanas Blancas hacia el Sureste y el horizonte quedó oscurecido por una horda de como poco cinco mil enemigos. El ruido y el tumulto eran tan grandes que parecía que la tierra fuera a agitarse y a agrietarse. Los Compañeros realizaron sus plegarias y se prepararon para la que iba a ser la batalla final, pero el infortunio volviolos a jugar una mala pasada, ya que a sus espaldas la hermosa ciudad de Couronne se vio plagada por una invasión sobrenatural de alimañas. Las ratas que andaban como humanos pasaron por la espada a los guardias y entraron en masa por las puertas hasta poner en peligro la retaguardia de los Compañeros. Con todo, y a pesar de verse rodeados por todos los flancos por una cantidad de enemigos allende todo lo imaginable, los Compañeros aguantaron firmes y sin miedo alguno; pues los señores de cada una de las catorce tierras de los bretonianos se erguían ya como un solo hombre habiéndose reunido por fin todos, y su fraternidad y lazos de fe eran más fuertes que el acero. Todos tenían la total certeza en su interior de que el poder de la Dama fluía aquel día a su través y de que nadie podría interponerse a ellos.

Esta última y la más épica de todas las batallas fue ciertamente extraordinaria y en ella cada Compañero llevó a cabo tal cantidad de proezas que estas acabarían ocupando las sagas de los poetas y de los escribas hasta el fin de los tiempos. Las lunas cruzaron raudas el oscuro cielo siendo reemplazadas una y otra vez por el ardiente orbe solar y, sin embargo, la batalla seguía sin llegar a su fin. Tan solo la Dama sabe del cierto el número de semanas que duró la batalla y, contra todo pronóstico, los Compañeros salieron victoriosos de ella. Las pilas de los muertos eran altas como montañas y tantas piras se erigieron para quemar a los enemigos muertos que la noche pareció ser el día durante más de una estación. Así fue como se obtuvo la victoria de la Duodécima y última Gran Batalla.

Y de esta forma se logró extirpar el mal de las tierras de los bretonianos y poner a salvo a sus nobles habitantes.

### **La Muerte de Gilles el Bretón**

Por desgracia, años más tarde, la Muerte vino para llevarse lo que le correspondía y Gilles, conocido como el Bretón y el Unificador, resultó fatalmente derribado. Tratándose de un verdadero dios de la guerra que había conseguido la paz gracias a sus grandes hazañas, había quien murmuraba que no había descanso posible para él y así buscó la batalla allí donde pudo encontrarla. Fue muerto por una maligna arma disparada por manos desconocidas y hoy en día los caballeros de Bretonia abjurán del arma del cobarde que mata desde la lejanía. Con su último aliento, ordenó ser transportado a un lago cercano antes de completar su viaje a la santidad. Allí, su cuerpo fue tendido con grandes honores sobre un fantasmal bote que parecía estar hecho de niebla. Llorando y plañiendo amargamente, cada uno de los Compañeros observó con ojos llenos de lágrimas cómo Gilles trascendía el mundo terrenal hacia una isla de perpetuo arrobamiento en el Otro Mundo, para unirse a la Dama durante el resto de la eternidad.

No obstante, permanece a nuestro lado, pues tanto profetisas como videntes afirman que en el momento de máxima necesidad, Gilles el Bretón, el gran Unificador y asesino de ejércitos, volverá de nuevo a nosotros desde aquella mágica isla.

Y así termina la majestuosa historia de Gilles el Bretón.